

# CREO QUE ES HORA DE IRNOS

Orlando López Valencia

Ilustraciones Edwin Monsalve



Cuando ella le chupó el dedo gordo del pie derecho, Pablo pensó que le sabría a talco. Sin embargo, continuó lamiéndolo como si no le quedara la menor duda de que su empresa terminaría produciendo un gran placer. Pablo, tendido sobre una cama, la miraba desconcertado en el enorme espejo empotrado en el techo del viejo motel. Por un momento tuvo la impresión que el marco que lo sostenía se vendría abajo. Tenía un listón suelto y abundaban las manchas oscuras en los bordes.

En el cuarto contiguo se escuchaba el ajeteo de una pareja empeñada en darse a conocer: “Aquí está tu hombre, Zulma”, gritaba él agitado como si hubiera corrido una maratón y ella le respondía con la voz agónica: “Ayyy, Ricardo, ayyy, Ricardo”. Cuando terminó la delación él, después de exhalar un suspiro de satisfacción dijo: “Y eso que sólo vamos en el tercero”.

Pablo estaba incómodo, la pareja de al lado no lo dejaba concentrar, la mujer ya le había lamido los dos pies y ahora subía alternando las dos piernas. Por un momento imaginó que era una enorme sanguijuela que lo dejaría sin sangre y esperó con paciencia que terminara su ritual. Cuando llegó a la zona pélvica hizo un rodeo por el asta, todavía sin izar, y continuó hacia el pecho. Cuando llegó a la boca, le mordió suavemente el labio inferior y luego se dejó caer como si hubiese escalado una gran cima.

—¿Te puedo ver mañana? preguntó la mujer en el cuarto de al lado.

—Primero terminemos lo que empezamos, cada día trae su propio afán.

La cama empezó a crujir como un tren que reinicia su marcha.

Pablo abrazó a la mujer y giró con ella, luego se apoyó en las manos y la miró conmovido. Ella abrió las piernas, las levantó y lo aferró por la cintura.

—No sabe cuánto he deseado este momento —dijo—, atrayéndolo hacia ella con las dos manos aferradas a su cuello.

Pablo continuó mirándola. Intentó corresponder a su pasión, pero el ruido del cuarto contiguo se hacía cada vez más fuerte.

—Así, Zulma, muévete como una puta —gritaba el vecino.

—Ay, papí, dime qué más quieres que te haga.

Pablo se tendió al lado de la mujer, suspiró profundo y dijo:

—Lo lamento, pero con ese ruido al lado no soy capaz.

—No sé por qué vinimos aquí si hay tantos moteles. Esto parece una caja de cartón.

—Tienes razón, pero la verdad no conocía este sitio. Un amigo me sugirió que este hueco era lo mejor si no quería llevarme un susto. A él le pasó una vez, iba saliendo con una amiga de un motel elegante y se



encontró en la recepción con su cuñada. En fin, nadie nos garantiza que aquí no pueda ocurrir lo mismo, pero hay menos probabilidades.

—No te preocupes, lo importante es que estamos juntos —dijo ella y se recostó sobre su pecho.

El ruido de los vecinos alcanzó su clímax cuando ella literalmente mugió.

—Que culo más rico tienes —gritó él y la cama se vino abajo en medio de un estrépito de tablas y sonidos de metal. Después de reírse durante unos minutos, todo quedó en silencio.

—Sabes, Martha —dijo Pablo acariciándole el cabello—, yo siempre me imaginé este momento pero nunca me atreví a decírtelo. Primero, porque cuando te conocí estabas casada con Fabián; después, cuando me enteré de que enviudaste, traté de buscarte, pero habías cambiado de ciudad y cuando te volví a encontrar, te habías casado con Andrés. Fue entonces cuando decidí casarme con Olga, no tenía caso seguir esperándote. Quién iba a creer que dos meses después se moriría tu marido.

—Yo siempre te quise, Pablo, traté de hacértelo notar, pero como nunca me decías nada creí que no te importaba. Sólo me enteré que te gustaba porque tu hermana me lo dijo y, desde aquel día, que Dios me perdone, sólo deseé estar contigo. Yo sé que no está bien, que mi marido acaba de morir y que tú estás casado, pero no me importa, he esperado demasiado tiempo.

—Ah, Martha, no es tan fácil, Olga es una buena esposa y yo me siento culpable.

—No te estoy pidiendo que la dejes.

—No se trata de eso, el problema es que yo soy de los que se enamora, y si todos estos años he soñado contigo imagínate qué pasaría si seguimos viéndonos.

—Y si estás tan claro, ¿a qué viniste?

—Digamos que tengo un lado que lo desea y otro que se opone.

—Entonces no es tan difícil, si sumamos el lado tuyo que me desea y todos mis lados que quieren lo mismo, ganamos. Así funciona la democracia.

—Ese tipo de al lado me hace sentir culpable —dijo la mujer en el cuarto contiguo.

—No le creas, esos son cuentos que se inventa porque no se le para —dijo el vecino.

Pablo y Martha se miraron, sólo hasta ese momento se percataron que ellos también podían ser escuchados. Martha le dijo al oído que ignorara los comentarios, pero la frase había caído como una mosca en la sopa.

Pablo se incorporó, se sentó en el borde de la cama, apoyó los codos sobre los muslos y se cogió la cabeza con las manos.

—Creo que es hora de irnos —dijo, y comenzó a vestirse.

Martha se vistió lentamente, como interpretando un strip-tease invertido. Primero se calzó los zapatos negros de tacón puntilla, luego se enfundó en una



delgada seda dental que sostenía un pequeño triángulo de encaje. Pablo la miraba y no podía dejar de compararla con su esposa. Al final, con un gesto de resignación avanzó hasta un pequeño espejo colgado sobre un lavamanos curtido y se retocó el maquillaje, luego se colgó la cartera.

—Cuando quieras —dijo con tono de frustración.

Al salir, en ese preciso instante, se abrió la puerta contigua y aparecieron los vecinos. Ella, alta y obesa; él pequeño y delgado. Cuando se cruzaron las miradas él dibujó una sonrisa burlona.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Pablo agresivo.

—De modo que no pudiste y ahora te quieres desahogar conmigo.

Pablo se abalanzó sobre Ricardo y le lanzó un puñetazo, este lo esquivó hábilmente y le golpeó las costillas. Las mujeres trataron de separarlos pero fue inútil. Ricardo derribó a Pablo y lo golpeó en el rostro sin compasión. Martha tuvo que ayudarlo, cogió a Ricardo del pelo y lo haló hasta quedarse con un mechón de cabello entre sus manos.

—Sí ves, maricón, te tiene que ayudar tu mujer.

Zulma buscaba en el estrecho pasillo algún objeto que le sirviera de arma, pero no encontraba nada.

Pablo se incorporó, contempló a Martha que lo miraba azorada. La frustración lo llenó de coraje. Avanzó con paso firme hacia su rival como una bestia ciega y, sin importar los golpes que le propinaban, lo embistió. Ricardo, que estaba de espaldas a la escalera trastabilló con el impacto y después de rodar y golpearse en la cabeza, lanzó un gemido y se quedó en silencio. Zulma descendió de prisa y trató de socorrerlo. El pequeño hombre yacía con un hilillo de sangre en la comisura de los labios.

Martha y Pablo bajaron rápidamente, ganaron la calle y se perdieron entre la multitud. Caminaron en silencio con la incertidumbre de saber qué había pasado con su inesperado rival. Cuando se sintieron a salvo se abrazaron.

—¿Te duele mucho? —preguntó Martha acariciándole las dos protuberancias que emergían de los pómulos.

—Un poco.

—Y ahora qué vas a decir en tu casa.

—Algo se me ocurrirá.

Después de muchos intentos abordaron un taxi. La imprudencia de los peatones y los vendedores ambulantes hacía lenta la marcha. Ellos permanecían en silencio, tomados de las manos soñando quizá con un próximo encuentro. Atrás la sirena de una patrulla de la policía venía rompiendo la noche. ■

*Orlando López Valencia* (Colombia)

Pintor, músico y editor. Actualmente se desempeña como diseñador gráfico de la Universidad del Valle. Entre sus publicaciones están: *La vestidura del aire* (1998), *Del mal amor* (1999), *Gracias al mal tiempo* (2000) y *Cuentos al óleo* (2005). Obtuvo la Mención de honor en el Concurso Nacional de Poesía Antonio Llanos (Cali, 2000), Mención de honor en el Concurso de Autores Vallecaucanos Jorge Isaac (Cali, 2004) y el Premio Nacional de Cuento Jorge Gaitán Durán (2005).